

INFANCIA Y JUVENTUD

En la ciudad de Santa Clara, en la calle de San Juan Bautista —hoy Luis Estévez— nació el 4 de mayo de 1857, Lino Enrique López y Veitía¹, formando parte de una numerosa familia de doce hijos. Su padre, José Elías López Silvero, era un cubano laborioso dedicado a negocios y su madre, Lutgarda Veitía y Gutiérrez, una criolla de acomodada familia. Enrique fue bautizado en la iglesia de su ciudad natal el día 25 del mismo mes y año. Sus padrinos fueron Rafael López Silvero y María Elena Veitía, hermana de su madre²

El conocimiento de las primeras letras los adquirió Enrique en escuelas privadas de Santa Clara. A la edad de 9 años (1866) se separó de sus padres por primera vez, yendo a Sagua para entrar de alumno interno, junto con sus hermanos Luis y Alfredo, en el colegio del distinguido educador y literato —hijo de Trinidad— Don Manuel Hernández Echerri. Más tarde, pasó al colegio de Don Facundo González, por tener el primero que abandonar el país por motivos políticos.

El verano de 1869 lo pasó en el ingenio Santa Lutgarda, —propiedad de sus padres— el cual radica en el pueblo de Mata, cerca de Sagua; y más tarde, al trasladarse junto con su familia para Santa Clara, Enrique asistió al colegio que en la calle de Santa Rosalía tenían Don Francisco Toimil y Don Andrés Sánchez.

En el mes de noviembre del propio año abandonó la ciudad natal y embarcó para España a continuar sus estudios, llevado por su tío político Don Domingo Ulacia, esposo de Eloísa Veitía, la otra hermana de su madre. El vapor que lo trasladó fue el Alfonso XII, y tenía Enrique entonces doce años.

1 Aunque en su certificación de bautismo aparece como nombre inicial Lino, él siempre usó el de Enrique desde muchacho, prescindiendo de su primer nombre.

2 L. 33., f. 26., v. - No. 1221.

Llegó a Cádiz en el mes de diciembre. A los dos días salió para Madrid y de allí, a la semana de permanencia, partió para Bilbao llegando a esa villa un día o dos antes de la Nochebuena. Era un día frío y nebuloso, y fue entonces, que por primera vez vio nevar.

Por tres años vivió en la escondida villa de la Sierra Cantábrica, estando en el colegio e instituto titulado «General de Vizcaya» que sostenía la Diputación Provincial. En este plantel de educación, Enrique recibió siempre muestras de estimación y de aprecio debido a su buena aplicación y a su gran amor al estudio. Ello le valió varios premios, entre ellos un magnífico atlas geográfico, ciencia a la que era muy aficionado y cuya cátedra ofrecía el propio director del colegio.

En 1875, debido a la guerra Carlista, cuyos combatientes estrechaban cada día más el cerco a la población de Bilbao, aumentando el peligro, se oían de momento en momento el estampido del cañón y el silbido de las balas cruzando la villa de un lado a otro. Muchos de los vecinos del pueblo buscaban refugio en el patio del colegio. Abandonar aquel lugar era peligroso, pero a pesar de ello, logró trasladarse con su tío a Santander donde, al día siguiente, llegó la noticia del completo aislamiento por las fuerzas Carlistas de aquella villa.

De Santander se trasladó a Madrid y fue inscrito por su hermano León en el colegio de San Antón de los Padres Escolapios, situado en la calle de Fuencarral, en cuyo plantel terminó el último año de sus estudios de bachillerato con excelentes notas. El Instituto del Noviciado expidió su título de Bachiller el 4 de mayo de 1875.

Comenzó entonces el curso en la Universidad Central de Madrid, matriculándose en Medicina y Ampliación de Derecho, pero esta última la abandonó enseguida, dedicándose exclusivamente a estudiar Medicina, por cuya ciencia siempre había tenido una gran vocación y aún más por la especialidad oftalmológica.

En la Universidad Central de Madrid cursó y aprobó las asignaturas correspondientes a los tres primeros años de la carrera, de 1874 a 1878, excepto la asignatura de Patología Quirúrgica de tercer año, que la examinó en la Real Universidad de la Habana, a donde trasladó su matrícula matritense en septiembre-octubre; de 1878. El cuarto año y demás estudios de su carrera los cursó en la Real Universidad de la Habana.

Bachiller en Medicina y Cirugía de la Real Universidad de la Habana con calificación de aprobado, el 15 de mayo de 1880. El Tribunal



Enrique López (a la izquierda) con nueve años de edad, junto a sus hermanos Alfredo (al centro) con siete años, y Luis Felipe (a la derecha, con 11 años).



Enrique López al graduarse de bachiller en 1875

lo formaron los doctores Felipe Francisco Rodríguez (presidente), Domingo Fernández Cubas (vocal) y José Pulido Pagés (secretario).

Licenciado en Medicina y Cirugía el 20 de septiembre de 1881. El Tribunal lo formaron los doctores Horstmann, Fernández Cubas y Castro Alió. El título se le entregó el día 24 del mismo mes³. Este título lo obtuvo siendo alumno interno del «Hospital de San Felipe y Santiago», que estaba entonces instalado en los altos de la Cárcel de la Habana, calle de Prado o Paseo de Isabel II, actualmente de Martí.

Ya graduado lo mandó su padre ese mismo año a París a estudiar la especialidad de ojos. Sobre esto, dice él mismo en una especie de autobiografía: «Mi padre para premiar mi mediana aplicación, que a él debió parecerle mucha, me envió a Francia a perfeccionarme.» Al llegar a París, se puso en contacto con Joaquín Albarrán, a quien había conocido de niño en Sagua. En los años que Enrique pasó en la capital francesa visitaba casi diariamente a Albarrán desarrollándose entre ambos una amistad sincera y en la espontaneidad de la vida íntima comprendió la superioridad del cerebro privilegiado de éste, aun en cosas triviales. Así también lo reconocían otros cubanos que con Albarrán formaban grupo en la vida social por los años de 1882 y 1883. Entre estos jóvenes cubanos fueron Fernando Méndez Capote y Adolfo Nuño los que siguieron una estrecha amistad con Enrique López a través de los años. Sobre todo Nuño, que, a pesar de haber estudiado Medicina, después se dedicó a las leyes, y no sólo fue un amigo íntimo, sino también su asesor en el aspecto jurídico relativo a propiedades e inversiones. Por esa época, atraído e ilusionado Enrique por su gran amor a los viajes, estuvo a punto de ingresar como médico en la marina francesa, pero desistió al enfrentarse con una serie de obstáculos.

Dedicado entonces de lleno a su especialidad asistió a la clínica de enfermedades de los ojos del insigne maestro Dr. Xavier Galezowski, maestro a su vez, de casi todos los oculistas hispanoamericanos, que perfeccionaban la especialidad en París. Referente a esta etapa dice el Dr. Enrique López: «los alumnos antiguos, ya algo iniciados en Oftalmología se les permitía ser ayudantes hasta cierto punto; en curaciones, refracción, cámara oscura, etc. En estas condiciones tuve oportunidad de practicar la imagen derecha con el Dr. Parent, antiguo jefe de la Clínica, ya establecido por cuenta propia, que aún la frecuentaba, y gra-

³ Lo Roy y Gálvez Luis Felipe. Notas del expediente universitario. Archivo Central de la Universidad de la Habana.



Título de Licenciado en Medicina y Cirugía otorgado por la Universidad de la Habana en 1881.

cias a su habilidad y entusiasmo en oftalmología, que eran singulares, aprendí esta complicada parte de la especialidad.» También asistió a las clínicas de los Profesores Panas, Luis Wecker y Emilio Javal, todos de la Escuela Francesa de Oftalmología que en aquella época era considerada una de las primeras del mundo. Era Javal el más eminente físico refraccionista del último tercio del siglo XIX y en ese año de 1882 concurrió Enrique López a una serie de sus conferencias oftalmométricas a las que acudían un limitado número de alumnos que no pasaban de doce.